

**LO IMAGINARIO DEL ‘NOSOTROS LOS PERUANOS’  
EN LAS TRADICIONES DE RICARDO PALMA \***

**THE IMAGINARY OF ‘WE THE PERUVIANS’  
IN THE TRADITIONS OF RICARDO PALMA**

JOSÉ MENDÍVIL NINA\*\*

*A Miguel Vega, fundador y líder del  
Movimiento Negro Francisco Congo.*

Recibido: 13/08/2017

Aceptado: 26/09/2017

*Resumen*

El criollismo de Palma es cultural, por eso es imaginario en nosotros; este criollismo es de nuevo cuño, que puede encontrar precedentes en las obras de Pardo y Segura, pero muy diferente en su creatividad y riqueza estilística, que es a la vez ‘expresión de un alma mestiza’ popular, en el que se yergue ‘nuestra comedia humana con sus mil personajes’; carece de verdad y de eficacia para el cambio social, cambio que en las Tradiciones tiene un sentido diferente, que nos permite imaginar un ‘nosotros’ capaz de negar y afirmar, conservar y olvidar; de imaginar su protagonismo con el sentido del pensar, como el ejercicio de una actividad crítica o de transformar la característica des-

tructiva de la actividad de pensar en resultados que sean positivos y provechosos, generando estados de perplejidad.

*Palabras clave*

Pensar – Criollismo – Tradiciones – Historia – Transgresión - Interpretación

*Abstract*

The criollismo of Palma is cultural, therefore it is imaginary in us; this criollismo is a new story, which has antecedents in Pardo and Segura, but very different in its creativity and stylistic richness and which is at the same time ‘expression of a popular mestizo soul’, in which stands our human comedy with its thousand characters, “lacks truth and efficacy for social change, a change that in Traditions has a different meaning that allows us to imagine a” we “capable of denying and affirming, preserving and forgetting; to imagine their protagonism with the sense of thinking, as the exercise of a critical activity or to transform the destructive characteristic of the activity of thinking in results that are positive and profitable, generating states of perplexity.

\* Este ensayo es la versión ampliada y mejorada de la conferencia que diera el 5 de julio del año 2017, con motivo del XLVIII Aniversario de la Universidad Ricardo Palma, en representación del Instituto de Investigación Jurídica, de la Facultad de Derecho y Ciencia Política, de la URP.

\*\* José Mendívil es docente de la Universidad Ricardo Palma, e investigador a cargo del Programa de Investigación Proyecto Histórico para el Perú, en el Instituto de Ciencia y Tecnología de dicha universidad

*Keywords*

Thinking - Criollismo - Traditions - History - Transgression - Interpretation

1. *Introducción*

A nuestro tradicionista le gustaba decir que sus *Tradiciones* brotan de su pluma y de la imaginación ‘de ese cronista que se llama pueblo’; que no era más que un (re)creador de las aventuras de sus personajes, y que se sentía bien siendo ‘un pintor que restaura y da colorido a cuadros del pasado’ y de la sociedad de su tiempo. Al parecer, cuando escribía solo estaba interesado en hacer verosímil lo que contaba, y en recrear el humor, traiciones, engaños y liberalidades de sus personajes, personajes que en sus trazos se sitúan más allá de la mojigatería y el moralismo de iglesias y conventos, y que transgreden sin miramientos los límites de los poderes reales y simbólicos de la sociedad estamental peruana que va de los siglos XVI al XIX, y que con socarronería y picardía ofrecen sus dones reales y figurados al goce de los placeres y amoríos prohibidos en callejuelas oscuras y alumbradas por débiles faroles; personajes que en los trazos de sus aventuras e infortunios, en su habla, nos dejan las señas del erotismo de una Lima todavía con costumbres coloniales y que empezaba a construir grandes avenidas y a ser influida por la necesidad de su democratización agujoneada por la emergencia desde abajo de algo muy parecido a lo que llamamos pueblo; erotismo de la vida que recrea nuestro tradicionista y del que debe haber disfrutado en cada una de sus *Tradiciones*, en las que el amor y el engaño, las ventajas y los desposeimientos, la viveza y la inocentada, el puritanismo y la caza de placeres se dan la mano, como podemos leer sobre todo en sus *Tradiciones en Salsa Verde*<sup>1</sup>, y en una obra

1 Desde hace un buen tiempo con mis alumnos en la Universidad Ricardo Palma venimos disfrutando en

aparentemente fragmentaria, pero en realidad próxima a lo que Bachelard llamaba el ‘pluralismo coherente’<sup>2</sup> (Durand, 2000), idea ésta

clase del contarnos las tradiciones de Ricardo Palma que más nos gustan, y debo decir, y este es un elogio al erotismo y al amor en las *Tradiciones*, que alumnos y alumnas vuelven, al contar con Palma, a recrear casi con la misma socarronería y travesura, tradiciones como *La cosa de la mujer*, *La pinga del libertador*, o ¡*Al rincón*! ¡*quita calzón*!

2 “Todo es muy distinto en cuanto al pluralismo, cuando constatamos –como lo han hecho, entre otros, Eliade y Corbin- la existencia de fenómenos que se sitúan en un espacio y un tiempo completamente diferentes. Es el *illud tempus* del mito (y por lo que parece, según Eliade, que también es novelista, de numerosos relatos profanos, como el cuento, la leyenda, la novela...), que contiene su sentido propio –¡en una especie de relatividad generalizada!-, muy específico, ‘no disimétrico’... es decir, en que pasado y porvenir no dependen el uno del otro, y en donde los acontecimientos son capaces de reversión, de relectura, de letanías y rituales repetitivos... Es lo que la filosofía presocrática había identificado bajo el término *enantiodromía*, es decir, de vuelta atrás, de ‘media vuelta’. También es el ‘no lugar’ apreciado por Corbin, de los fenómenos ‘no separables’, como lo constata en algunos dominios materiales la física contemporánea... Resulta de esta ‘simetría’ y de esta ‘no-separabilidad’ *a priori* que los elementos del discurso (*servo mythicus*), aunque estén discernidos, no por eso son menos solidarios. El estatus de identidad ya no es, como dicen los lógicos, la ‘extensión’ del objeto/concepto (es decir, el conjunto de objetos que subsume), sino la ‘comprensión’ (es decir, el conjunto de sus cualidades, de sus ‘atributos’). La identificación ya no reside, según la antigua fórmula, *in subjecto* (*praedicatum inest subjecto...*), ‘en un sujeto’, sino en un tejido relacional de atributos que constituyen el ‘sujeto’, o mejor dicho, el objeto...”. Gilbert Durand, *Lo imaginario*, Ediciones del Bronce, Barcelona, 2000, pp. 100-101. Es evidente, o debe serlo, que lo que quiero que ‘emerja’ de las *Tradiciones*, no es en forma alguna a un Palma preocupado por problemas del conocimiento y de la ciencia contemporánea respecto a la razón y la verdad, sino, que podamos aproximarnos a una comprensión un tanto diferente del nosotros los peruanos como si tratara de un pluralismo de formas psicológicas y subjetivas, o de mundos del yo que en sus disimetrías laberínticas, con distintos pasados, y posiblemente diferentes futuros, es en alguna forma coherente en su naturaleza, en lo que es la peruanidad, la que si se librase, en su

que nos permite imaginar *una* historia desde lo diverso de sus orígenes y costumbres, y un *nosotros* posible en su peruanidad desde la fundación de la República, con sus personajes trasgresivos y sus acciones de finales inesperados, como en la tradición *Un proceso contra dios*, en la que don Pedro Campos de Ayala, al regresar a Lima después de buscar fortuna en otros lares, y ser acusado de un crimen cometido antes de su partida, inicia ‘querrela contra Dios’ al estar seguro de que es él quien ha dirigido al virrey la anónima acusación en su contra; o en *Las justicias de Cirilo*, en la que un gallego sin sentido común y luces para los litigios, como juez resuelve los casos que llegan a su despacho de manera absurda y para la risa. (Rodríguez I. , 2003).

coherencia, sería menos absurda con su pasado y en su conservadurismo, menos displicente con su presente, el que no solo tiene las formas de la corrupción de nuestra vitalidad para recrear la vida social, sino que quizá aprendiésemos que seguir endilgándonos culpas y falencias mutuamente no sirve sino para lo que hemos logrado como sociedad y nación, sean estas referidas a nuestra occidentalización, a lo que ella ha sido o sigue siendo cuando equívocamente insistimos en compararla con lo que han logrado los hijos de Santo Tomás y de Voltaire desde que unos griegos imaginaran la ‘divinidad’ de la razón, o cuando creemos que es poco lo que podemos cambiar por seguir creyendo que es una rémora aquello que inventamos con el indio disminuido en su ‘raza’ que en algún sentido es la nuestra; y ver la importancia de lo imaginario no solo como una forma de lo humano, sino como *la* forma de recrear la vida y aquello que nos puede parecer ritual y repetitivo; un imaginario que en las *Tradiciones*, sin verdad por cierto, pareciera querer trastocarlo todo, al punto que dios y el diablo nos sean más cercanos a lo que el bien y el mal nos van dejando. *A fortiori*, menos ideología y política, más imaginación, que es lo que en alguna forma viene promoviendo Giorgio Agamben con la serie que empezara con su libro *Homo Sacer*, y ha concluido, si se puede decir concluido, con su libro *Los usos del cuerpo*.

## 2. *Impostura interpretativa*

Recientemente Gonzalo Portocarrero, en su libro *La urgencia por decir ‘nosotros’* (Portocarrero, 2015), sin reparo alguno califica a las *Tradiciones* de ser un conjunto de fabulaciones fragmentarias y dispares<sup>3</sup>, y afirma que Palma era un *desarraigado*. ¿Son las *Tradiciones* un conjunto de fabulaciones fragmentarias? ¿En ellas Palma nos deja un ‘proyecto’ de nación o de una comunidad criolla? ¿Palma era un *desarraigado* que no pudo ocultar su malestar e incomodidad con su ancestro mestizo y su negritud? Portocarrero cree que sí. En su ensayo *La insólita hazaña de Ricardo Palma* (Portocarrero, 2015), confundiendo todo dice que las historias que cuenta Palma no son más que fecundas invenciones<sup>4</sup>, sin notar que el mismo Palma aceptaría lo que dice, y con ironía le diría, sigue y suelta tus inocentadas. Pero, Portocarrero no es un antipalmista. Rozando el elogio, afirma que Palma logró darle sentido a la identidad criolla creyendo que esta sería la identidad ‘auténticamente nacional’, y que, desde su desarraigo y blanqueamiento, habría promovido su limpieza del ‘pasado simbolizado por lo indígena’<sup>5</sup> y emerja lo verdaderamente peruano<sup>6</sup>.

3 “Y en cuanto a su obra, no es menos paradójico que sus *Tradiciones peruanas*, convertidas por la crítica en los relatos que revelan la quintaesencia de la nacionalidad, sean, ante todo, un conjunto de fabulaciones fragmentarias y dispares”. Portocarrero, Gonzalo, *La insólita hazaña de Ricardo Palma: la cristalización de la cultura criolla*, en su libro *La urgencia por decir ‘nosotros’: los intelectuales y la idea de nación en el Perú republicana*, Fondo Editorial de la PUCP, Lima 2015, p. 85.

4 “En otras palabras, las historias que se asumen como ‘tradiciones’, son, en realidad y sobre todo, fecundas invenciones”. *Ibíd.*, p. 86.

5 *Ibíd.*, p. 92.

6 *Ibíd.* P. 86: “Palma fue extremadamente exitoso en definir o crear la identidad criolla, que él concibe como la auténticamente nacional. Y el instrumento para este logro fue una narrativa sugerente y persuasiva que, ocultando y revelando al mismo tiempo, pudo fundamentar un orgullo en torno a lo que com-

Pero, ¿qué es lo criollo en las *Tradiciones* de Palma? El historiador Raúl Porras Barrenechea, mostrando su gusto por la palabra bien dicha, dice del criollismo de Palma:

Criollo es al cabo lo nacido y criado en la tierra y calentado por la emoción popular, ya sea esta costeña o serrana, pero de todos modos expresión de un alma mestiza, de una casta vieja y nueva a la vez, surgida de la fusión de lo propio y de lo importado y por ello alegre y melancólica a un tiempo [...] A pesar de los distingos especiosos étnicos, sociales o artísticos, en Palma hallamos inconfundiblemente desparramada en sus tradiciones, en el lenguaje y en el ambiente, la sensación del más auténtico criollismo peruano. Palma era la tradición y en la tradición estaba la mejor raíz del limeñismo. El acercamiento era esperable [...] las tradiciones son nuestra gran epopeya humorística, nuestra comedia humana con sus mil personajes (...) la síntesis de nuestra vida nacional [...] un género literario propio e inconfundible (...) producto genuino, limeño y criollo [...] La aptitud limeña para la sátira, es ya un lugar común en la historia literaria peruana (...) Palma, el espíritu representativo de nuestra literatura, tenía que ser necesariamente burlón [...] Miguel de Unamuno lo ha llamado el primer ironista de la lengua<sup>7</sup>.

partían los limeños. En esos bosquejos del pasado y del presente que pretenden ser las tradiciones hay tantas luces como sombras. Pero no puede olvidarse que se trata del primer asomo de lo peruano”.

7 Raúl Porras Barrenechea que califico a Palma como ‘el más grande forjador de peruanidad’; citado por Harry Belevan, *Primeros apuntes sobre la Lima de Palma en las lecturas de Porras y Salazar Bondy*, Instituto Ricardo Palma, Lima 2013, pp. 39-40.

El criollismo de Palma es cultural, y Porras Barrenechea se refiere a él con propiedad, sin agregarle ni quitarle nada, cuando señala que es el criollismo de un estilo irónico nuevo, que tiene antecedentes en Pardo y Segura, pero muy diferente en su creatividad y riqueza estilística por ser ‘expresión de un alma mestiza’ popular, en la que ‘nuestra comedia humana con sus mil personajes’ carece de verdad alguna para el cambio social, el que en las *Tradiciones* tiene un sentido diferente que nos permite imaginar un ‘nosotros’ capaz de negar y afirmar, de conservar y olvidar, de imaginar su protagonismo en el sentido en que Arendt hablaba de la acción humana:

Una característica de la acción humana es la de que siempre inicia algo nuevo y esto no significa que siempre pueda comenzar *ab ovo*, crear *ex nihilo*. Para hallar espacio a la acción propia es necesario antes eliminar o destruir algo y hacer que las cosas experimenten un cambio. Semejante cambio resultaría imposible si no pudiésemos eliminarnos mentalmente de donde nos hallamos físicamente e imaginar que las cosas pueden ser también diferentes de lo que en realidad son. En otras palabras, la deliberada negación de la realidad fáctica -la capacidad de mentir- y la capacidad de cambiar los hechos -la capacidad de actuar- se hallan interconectadas. Deben su existencia a la misma fuente: la imaginación [...] Somos *libres* de cambiar el mundo y de comenzar algo nuevo en él. Sin la libertad mental para afirmar o negar la existencia [...] no sería posible acción alguna; y la acción es, desde luego, la verdadera materia prima de la política” (Arendt, 1999).

La acción en las *Tradiciones* es trasgresiva e insólita, muchas veces inesperada y paradójica en la conservación y ruptura de costumbres sociales, y no pretende comenzar algo *ab ovo*, o crear *ex nihilo*, como pretendiera, su peor enemigo y competidor, Manuel González Prada que desde el *Discurso del Politeama* quiere una república nueva *ex nihilo*, casi sin ficción y sin ‘mentiras’, sin el imaginario de las *Tradiciones*, y con un indio educado, pequeño propietario y ciudadano, ‘indio’ que González Prada reivindica ante el indio zaherido con violencia verbal en la carta que Palma le dirigiera a Piérola, que no es ciertamente el de *Carta Canta*, un indio sin grafías y sin lectura, indio de oralidades y que sometido a su servidumbre debe soportar el castigo que le infringe arbitrariamente su patrón o amo, indio sin otra pertenencia que su indianidad como memoria de su pasado y de las huellas de su opresión en la piel, indio que desde la ficción le da a Palma la atribución de reclamar ante la Real Academia de la Lengua ‘los honores del peruanismo’ *Carta canta*, y que nos devuelve el recuerdo nunca ausente de la anécdota-mentira de Atahualpa arrojando con ‘ignorancia y soberbia’ la biblia que el cura Valverde le había entregado para que jure su sometimiento y lealtad al rey de España; indio que en *Palla-Huarcuna* es descendiente del Inca Túpac Yupanqui y de Mamá Ocllo, un indio orgulloso y sin macula que desluzca su glorioso pasado. ¿Ambigüedad y racismo? Sí, si se confunde política y literatura, realidad y ficción, verdad objetiva y verdad ficcional, negación de la realidad e imaginación de una realidad posible, como la que nos deja las *Tradiciones* con sus ‘mentiras’ trasgresivas y su ‘verdad’ histórica. ¿Racismo en Palma? Este es obvio en su circunstancialidad, es biográfico, personal e íntimo en la carta a Piérola. ¿Y el ‘racismo’ de *Carta canta*? Es solo reconocible si se exagera su literalidad formal. Aún puedo recordar hoy que hace ya muchos años, en que curioseando en el libro de literatura que leía

una de mis hijas que se encontraba cursando su primaria, leí una versión modificada de esta *Tradicción* y cómo arrojé el libro cuando me di cuenta que su lectura dejaba a quien la leyera la imagen de los ‘indios de siempre’, torpes e ignorantes que creen que la carta que acompaña a la carga de higos que llevan para el deleite del principal amigo del patrón de la hacienda, no volverá a acusarlos si la entierran y le ponen una piedra encima antes de comer parte de los frutos para mitigar el hambre. En la *Tradicción*, *Por beber en copa de oro*, nos encontramos con indios profanadores y sacrílegos. En la *Achirana del Inca*, vemos a Pachacútec enamorado cumpliendo los deseos de una hermosa mujer luego de que conquistara a su pueblo. En *La gruta de las maravillas*, vemos al valiente Huacari y a sus capitanes morir de hambre antes que someterse al Inca, convertidos por los *auquis* y sus dioses tutelares en fantásticas estalactitas en una de las grutas del territorio conquistado por Mayta Cápac, y a sus descendientes repitiendo en memoria de su valentía, ‘antes la muerte que el oprobio de la servidumbre’.

En *Carta canta* el tradicionista no denigra a la raza de los dos indios cuando narra que creen que la carta que su patrón envía a los principales con los melones los ve, solo traza un rasgo característico de su opresión y servidumbre: su ignorancia, pero, desde su oralidad traza asimismo su voluntad para trasgredir la orden del patrón e intentar el engaño, y su imaginación para crear el peruanismo; y si forzamos la interpretación del ‘hecho’; dos indios que están seguros que las grafías y signos de la carta los miran y hablan solo con el patrón, y en el reconocemos el retorno nunca ausente de la mentira del Inca Atahualpa en Cajamarca arrojando la biblia, más que del retorno del hecho en sí, podemos notar que el tradicionista al volver sobre una tradición falsa, en la que creemos sin detenernos, quiere probablemente que pensemos o imaginemos lo absurdo de la escena. Palma pareciera querer decirnos también

que la peruanidad encuentra posibilidades de lo creativo en el ‘indio’ que desde su lengua le da significados que enriquecen al Castellano, un enriquecimiento que viene desde la oralidad del quechua. Si este no es el propósito del narrador, no tendría ningún significado simbólico la forma en que Palma inicia y termina lo narrado.

*Empieza:* ‘Hasta mediados del siglo XVI vemos empleada por los más castizos prosadores o prosistas castellanos esta frase: *rezan cartas*... Pero de repente las cartas no se conformaron con *rezar*, sino que rompieron a *cantar*; y hoy mismo, para poner remate a una disputa, solemos echar mano al bolsillo y sacar una misiva diciendo: ‘Pues, señor, *carta canta*... Lo que es la gente ultracriolla no hace rezar ni cantar a las cartas, y se limita a decir: *papelito habla*. Leyendo anoche al jesuita Acosta, que, como ustedes saben, escribió largo y menudo sobre los sucesos de la conquista, tropecé con una historia, y díjeme: ‘Ya apareció aquello –o lo que es lo mismo, aunque no lo diga el padre Acosta-: cata el origen de la frasecilla en cuestión, para la cual voy a reclamar ante la Real Academia de la Lengua los honores del peruanismo’.

*Termina:* ‘Y los pobres indios, después de bien zurrados, se sentaron mohínos en un rincón del patio... diciendo uno de ellos: ¿lo ves hermano? ¡*Carta canta*!...la frase se generalizó y pasó el mar’.

En las *Tradiciones* ficción y realidad parecen no distinguirse, lo que lleva a algunos a cometer errores en su interpretación al confundir lo ‘real’, ‘histórico’ y ‘circunstancial’, con lo ficcional y lo imaginario, que no siempre es

manifiesto y evidente, debido a que en el *fondo* de los *cuadros* o escenas cotidianas o ‘históricas’ que cuenta, prevalece lo ‘real’ e ‘histórico’, algo que el narrador no puede evitar al darles a sus *Tradiciones* rasgos de veracidad y autenticidad, sin que ello afecte la trasgresividad ficcional y la imaginación de sus personajes.

Lo ‘real’, el fondo del cuadro de esta tradición está en: ‘mediados del siglo XVI’, ‘prosistas castellanos’, ‘gente ultracriolla’, ‘el jesuita Acosta’, ‘los pobres indios...bien zurrados’; lo ficcional en las cartas que ‘rompieron a cantar’ cuando un indio dijo ¡*carta canta*!; lo *imaginario* está en la oralidad del indio que crea un peruanismo, que el tradicionista sabe que debe reclamar su reconocimiento ante la Real Academia de la Lengua.

### 3. *Tradicionista: un estilo trasgresivo*

Palma es un tradicionista trasgresivo. Lo que algunos han llamado ‘un estilo nuevo’<sup>8</sup> por su forma irónica e histórica de contar costumbres y anécdotas de la vida cotidiana y que la memoria puede recordar, no define el verdadero sentido de lo que cuenta o narra. La literalidad de su *forma* ficcional en la diversidad de los cuadros que pinta con su pluma, y que podemos llamar lo *real de lo ficcional*, no debería reducirse a lo que se ha dicho de las *Tradiciones* como una ‘primera manifestación de la peruanidad’, minimizándose el sentido trasgresivo de las mismas; ficciones que nos despiertan aún risas, que nos seducen por su imaginación, y que nos secuestran en las trampas de su oralidad que nos hace creer que estamos ante las principales escenas de nuestra historia,

8 “...la idea un tanto arbitraria, a mi modo de ver, de que Palma creó un género nuevo, como si las *Tradiciones* tuvieran un esquema *perfectamente* (la cursiva es mía) dibujado que respondiera a cánones precisos”. Roland Forgues, *Revisitando a Palma en el siglo XXI: disidencia y utopía*, Aula Palma VI, Instituto Ricardo Palma, Lima 2007, p. 252.

y que por ocupar su textualidad, hacen menos íntimo, cercano y posible, por no ser jocoso, risible, ni real, lo imaginario de las *Tradiciones*, imaginario que se manifiesta muchas veces en la voz del tradicionista, en las múltiples voces de sus personajes y en lo inesperado y exultante de la vida que quieren vivir por fuera de lo real.

*Carta canta* puede facilitar lo que pretendo al distinguir lo ficcional y lo imaginario en las *Tradiciones*. *Lo ficcional* puede ser referido, y de hecho ocurre así, a su contenido anecdótico: dos indios que por ser indios, creen que la carta los ve y habla en los signos y trazos que se dibujan en ella, hecho ficcional o figurado que se toma por cierto porque el indio parece estar reñido y tener pocas luces para la escritura y la lectura; ficción que parece así perderse en el fondo realista de su servidumbre, miseria, y castigos que recibe; mientras que lo imaginario no parece estar referido, y pareciera ser solo la presencia intrusa del autor que quiere reclamar reconocimiento para el peruanismo, y que quizás por arbitraria la decisión, sea solo posible en la imaginación del tradicionista que dice que le pedirá a la Real Academia incorporar este peruanismo, con lo cual, pareciera reducirse lo que vendría a ser *lo imaginario* en sus *Tradiciones* a lo paradójico o casi imposible, y que se desdibuje su identidad con lo trasgresivo, incluso con la desfachatez que muestra su autor cuando hace posible que imaginemos que podemos tener de nuestro lado a dios y al diablo, o estar en su contra cuando el interés y los deseos lo reclamen; que imaginemos que podemos ‘cambiar lo que queramos y comenzar de nuevo’ algo en el Perú y de lo cual podamos reclamar su reconocimiento.

No hay en ellas ‘proyecto nacional’ o ‘identidad’ alguna; si la insinuación de su posibilidad abierta, libre y trasgresiva en su tradicionalismo y en los cambios que su accionar

provee; posibilidad que podría pintar sus propios trazos si los peruanos fuésemos menos conservadores de antiguallas y colonialidades, si fuésemos trasgresivos y creativos, como los personajes de sus *Tradiciones*.

Pero, ¿qué significados tienen las palabras tradición y tradicional? Según Corominas, la palabra tradición proviene del latín *traditio*, que significa ‘entrega’, ‘trasmisión’, y de *tradere*, que significa ‘trasmitir’, ‘entregar’; origen del cual se derivan *tradicional*, *tradicionalismo*, *tradicionalista*, *tradicionista*. En el hebreo, proviene de *Qabbalah*, palabra que significa ‘tradición’ y que se usa en el sentido de interpretación mística del Antiguo Testamento (Corominas, 1987). Una definición útil para lo que propongo, es la de Jitrik que afirma que la tradición es ‘una suerte de estructura del comportamiento que acontece en condiciones específicas’ (Mónica Szurmuk y Robert Mckee, 2001).

Si por su origen en el latín la palabra tradición significa transmitir, entregar (*tradere*), y en el hebreo interpretación mística de lo sagrado (*Qabbalah*), las *Tradiciones*<sup>9</sup> tendrían una naturaleza restringida o limitada, en tanto se crea que solo transmiten costumbres y formas de ser de la psicología de sus personajes, muchos de ellos parte de nuestra historia, y no, como ha sido dicho por Porras Barrenechea, Vargas Llosa, y Ribeyro, tradiciones o entregas que han hecho posible que podamos imaginar una historia común y una peruanidad criolla más que mestiza por los significados racistas y peyorativos que esta identidad (Higgins, 2006) tiene *aún entre los peruanos*<sup>10</sup>; peruanidad criolla

9 Ricardo Palma dijo que “la tradición no es precisamente historia, sino relato popular, y ya se sabe que para mentiroso el pueblo”. Citado por Roberto Reyes Tarazona, *Ricardo Palma, precursor de la narrativa no ficcional*. Aula Palma XII, Instituto Ricardo Palma, Lima 2013, p. 145.

10 “Un síntoma de la disfuncionalidad de la sociedad retratada en la novela (*Conversación en la Catedral*) es que prácticamente todos los personajes viven frus-

que sería en cierta forma *lo imaginario* de las *Tradiciones* o la aspiración de algo diferente, algo que nos permita salir de la oposición tradicional entre lo indígena y lo moderno, oposición desde la que es imposible imaginar a ‘subjetividades orales’ y ‘subjetividades racionales’ mezcladas, imaginar el pasado incaico y virreinal, lo occidental y moderno *en ciernes* en la joven república peruana nacida de la independencia, imaginar sus fronteras permeables desde las primeras andanadas de la cultura europea en estas tierras desde mediados del siglo XVI, o desde la presencia de indios nobles en las Cortes de Cádiz (Scarlett O’Phelan y Georges Lomné (editores), 2014) que se instalaran mucho antes de la independencia. Lo que quiero decir es que una lectura más atenta de la trasgresividad literaria de Palma, podría permitirnos darnos cuenta que la oposición entre lo tradicional, particularmente lo andino, y lo moderno, sobre todo lo criollo, es una *falsa oposición* en la peruanidad y la república, la que, como se sabe, no deja de manifestarse en su falsificación como una copia de lo real agrilietado del Perú que sigue siendo muy diferente en la capital y sus departamentos, ‘Perú dual’ que parece haberse replegado en su tradicionalismo y modernización, y que puede verse en los ‘dos Perú’ de Matos Mar en su libro

trados y descontentos. Hasta los que triunfan en la vida pública son desdichados en su vida privada. El caso de Cayo Bermúdez, por ejemplo, demuestra que el éxito social no necesariamente exime a un mestizo del complejo de inferioridad racial. Sexualmente es ‘un impotente lleno de odio’ y su sexualidad viene a ser una metáfora de los complejos psicológicos de un hombre que, por más que ascienda socialmente, vive devorado por un sentido de inferioridad que lo emascula y quien responde con rencor, buscando oportunidades para castigar el mundo por el cual se siente agraviado. Así, Cayo entra en la vida política, no con el fin de cambiar una sociedad que siempre ha discriminado a gente como él, sino para conseguir el poder que le permita tratarla como ella lo ha tratado a él”. James Higgins, *Historia de la literatura peruana*, Editorial Universitaria de la URP, Lima 2006, p. 307

*El estado desbordado*, o en el libro *El otro sendero* de Hernando de Soto.

Entonces, ¿qué es lo tradicional en Palma? Son costumbres como la ironía ante la adversidad, subjetividades predisuestas para la ‘buena vida’ o el ‘vivir bien’, y sobre todo, lo creativo y trasgresivo de la vida cotidiana de sus personajes que reúnen rasgos de la psicología de lo peruano criollo, y de lo que somos desde nuestros deseos, querencias y prejuicios, y quizás, también *a fortiori*, el racismo como algo que nos viene desde el siglo XVI, y que la república afirmó apropiándose solo de lo Inca, y que el criollismo, el acriollamiento y el mestizaje no han podido evitar, porque querámoslos o no, los peruanos no dejamos de ser racistas cuando queremos negarnos o zaherirnos entre nosotros; por lo que quizás Palma, con los personajes históricos del Inca-rio o simples indios, lo que quiso fue aligerar su carga en la formación de la peruanidad.

#### 4. *Impostura criolla*

Pero, las *Tradiciones* parecen estar más allá de esa dualidad, en tanto en sus ficciones lo tradicional se hace de alguna forma moderno, como en *La excomunión de los alcaldes* que termina con un edicto de la corona que les prohíbe seguir ejerciendo cargos de justicia; modernidad ficcional que también se puede notar en *Palla-Huarcuna*, en la que los hijos de Mamá Ocllo son convocados a estar presentes en la hora de la patria siguiendo el legado de Túpac Yupanqui. ¿Las *Tradiciones* de Palma son conservadoras? ¿Son una forma de reclamo de peruanidad en una Lima pintoresca en sus aderezos de nobleza perdida, y en un Perú humillado por la derrota, como cree también Forgues? (Forgues, 2007). En alguna forma sí, pero ni lo uno ni lo otro puede decirse con propiedad de ellas. Estas ‘verdades’, a las que las reducen los buscadores de hallaz-

gos queriendo encontrar en ellas las ideas de Palma sobre la nación, la identidad y la peruanidad, o su patriotismo, conservadurismo, criollismo, racismo o moralismo republicano; lo que hacen es encontrar al Palma que quieren, que dista del Palma tradicionalista que sin excesos ni prejuicios ha aproximado bien el historiador Raúl Porras Barrenechea cuando se refiere a sus *Tradiciones*, y que sin prejuzgar su verdad o mentira, nos aproxima a su ‘verdad mentirosa’<sup>11</sup>, adornada por una fantasmagórica veracidad histórica o popular cuando narra las historietas o anécdotas de sus personajes, muchos de ellos sacados de nuestra historia entre los siglos XVI y XIX, ‘verdad’ ésta que nos permite comprender que las *Tradiciones* en su ficción y realismo dejan espacio a lo imaginario de una historia ‘común’, y distinguir si lo tradicional en Palma deja solo lugar a lo criollo vulgar<sup>12</sup>, o es un ardid o recurso literario con la

intención de dejar el señuelo de lo tradicional de la ‘peruanidad’ entonces dispersa y caótica del siglo XIX, que mira a su pasado para encontrarse posiblemente con las raíces de lo que es y puede ser, ‘peruanidad’ que se da aún en distintos tiempos históricos, y que ha llevado a algunos a hablar de historias fragmentadas en lo que cuenta Palma, *Tradiciones* en las que sin duda se manifiesta el criollismo creativo de sus personajes, y que el tradicionalista quiere distinguir de lo criollo conservador; distinción de *lo criollo* como la forma peruana posible de resolver nuestras diferencias y embates por el color de la piel y nuestros diferentes orígenes sociales, y que por las debilidades institucionales de la república y la democracia peruana, se encuentra desfigurado por el racismo que aún dejamos caer sobre los peruanos no blancos, y por procesos sociales que vienen de mediados del siglo pasado, y que por ser procesos de acriollamiento marginal se han caracterizado como procesos de *cholificación* y *andinización* de la sociedad peruana en la última parte del siglo pasado. En las *Tradiciones*, es evidente que lo que algunos quieren llamar la búsqueda de una ‘definición identitaria criolla’, no es más que lo criollo que se estaba formando, particularmente en la Lima de Palma en el sentido descrito por Porras Barrenechea.

11 Como Palma admite: “A ella, sobre una pequeña base de verdad, le es lícito edificar castillos.... La tradición es la fina tela que dio vida a las bellísimas mentiras de la novela histórica, cultivada por Walter Scott en Inglaterra, por Alejandro Dumas en Francia y por Fernández y Gonzales en España”, citado por Rolando Forgues en su ensayo *Revisitando a Palma en el siglo XXI: disidencia y utopía*, Aula Palma VI, Instituto Ricardo Palma, Lima 2007, p. 265. Agrega Forgues: “En el fondo, la visión de Palma no hace sino confirmar la visión de los grandes exponentes de la literatura realista que desde los franceses Stendhal, Flaubert, Maupassant, Alejandro Dumas y todos los grandes novelistas del siglo XIX que hasta Vargas Llosa han concebido la literatura como ‘verdad de las mentiras’, dándole así a la ficción el estatuto privilegiado de realidad histórica”. *Ibid.*

12 Qué es lo que Sebastián Salazar Bondy, afirma de las *Tradiciones* en su libro *Lima la Horrible*. Belevan, al referirse a la crítica de Salazar Bondy, dice: “... al escribir Porras sobre la mirada palmista de Lima jugará algunas veces con el lector sugiriendo, por ejemplo, en desafiante y travieso acertijo, que: “La Ciudad de los Reyes... la fundaron en colaboración don Francisco Pizarro y don Ricardo Palma”. Esto hace que, como lo dijo Porras (que también lo habría suscrito Salazar), Ricardo Palma sea “el creador de la leyenda de la ciudad”. Pero las semejanzas se detienen allí, porque Porras nunca verá sinonimia alguna entre

leyenda y mentira, puesto que la historia –y lo comprobará cada vez que glose a Palma– bien puede nutrirse de los mitos y fábulas con que se edifican las leyendas, mientras que Salazar, mediante un sofisma deductivo consciente, concluye que la leyenda es solo mentira, jamás historia, que es apenas un trampantojo del pasado o, más precisamente, el desvarío con que se construye la Arcadia Colonial, con lo cual se comprueba que la tradición, retoño de la leyenda, es poco menos que un embuste deletéreo”. Harry Belevan-Mcbride, *Primeros apuntes sobre la Lima de Palma en las lecturas de Porras y Salazar Bondy.*, Aula Palma XII, Lima 2016, p. 38.

5. *Mi piel me avergüenza*

Portocarrero cree que Palma se avergonzaba del color de su piel. En su ensayo *La insólita hazaña de Ricardo Palma: la cristalización de la cultura criolla*<sup>13</sup>, siguiendo a Holguín, afirma que el tradicionalista no pudo evitar su ‘aspiración al blanqueamiento’, y que este anhelo fue heredado de su padre, un cholo con ‘tres cuartos de indígena’<sup>14</sup>, y que al negar el color de su madre, una ‘mulata o cuarterona’, sus *Tradiciones* terminan desfigurando las fronteras raciales del Perú de su tiempo, invisibilizándolas o haciéndolas inexistentes, porque Palma, dice Portocarrero, consideraba que eran un atolladero que impedía que emergiera limpia del pasado indígena o del indio la nación criolla republicana, y se consolidase la necesidad de la identidad de un ‘nosotros los criollos, los peruanos’<sup>15</sup> sin los indios.

La interpretación que hace Portocarrero de las *Tradiciones* es intencionalmente exagerada, porque le arrima sus propios prejuicios sirviéndose de lo que puede encontrar en las preferencias políticas, artículos y declaraciones de Palma, para hacer de él un escritor interesado en ‘crear la identidad criolla, que... concibe como la auténticamente nacional’<sup>16</sup>; y también para hacer de él un desarraigado por la fotografía que se tomara en 1910 cuando era Director de la Biblioteca Nacional, o por la de 1864, que mostrarían, como quiere Portocarrero, a un Ricardo Palma descontento con ‘su sangre india y negra’<sup>17</sup>; malestar con el color de su piel por el que el ‘Patriarca de las Letras Peruanas’ no pudo ocultar en sus *Tradiciones* sus preferencias ideológicas y culturales, y

menos su intención de querer consolidar una ‘identidad criolla’, porque, como supone Portocarrero, Palma creía que es ésta la que tiene todos los ingredientes y la sazón para ser ‘auténticamente nacional’, es decir, realmente criolla y no acriollada o mestiza, por lo que, y para que la historia no siga un rumbo errático, el pasado indígena o lo que quedaba de él en la memoria y en las prácticas culturales de los pueblos descendientes de antiguas culturas y del Tahuantinsuyo, debía extinguirse<sup>18</sup>; prejuicio racista que le habría dado forma definitiva al proyecto de país y al ‘nosotros los peruanos’ que Palma habría querido desde muy joven al avergonzarse y renegar de su ‘fenotipo indígena y africano’<sup>19</sup>.

Dice Portocarrero:

También es paradójico que Palma, cuya obra estuvo destinada a desfigurar las fronteras raciales que impedían un sentimiento comunitario, haya sido ‘blanqueado’ desde tan joven (se refiere a una foto de Palma tomada en 1864, cuando tenía 31 años. El agregado es mío). En los primeros retratos es imposible, tras los rasgos blanqueados, advertir la fenotipia del gran escritor... Se trata de una foto ‘oficial’ (refiriéndose a la fotografía de 1909. El agregado es mío), que lo muestra en su calidad de director de la Biblioteca Nacional del Perú... El color sepia que impregna la foto vela el tono de la piel del escritor. Palma, que no quiere hablar del color de la gente, pues *le parece irrelevante, a la hora de retratarse se desarraiga* (la cursiva es mía) de su sangre india y negra... En la foto... tomada en el último año de su vida, a los 84 años,

13 Portocarrero, Gonzalo, *La urgencia por decir ‘nosotros’: los intelectuales y la idea de nación en el Perú republicana*, Fondo Editorial de la PUCP, Lima 2015.

14 *Ibid.*

15 *Ibid.*

16 *Ibid.*, p. 86.

17 *Ibid.*, p. 88.

18 *Ibid.*, pp. 86 y 92.

19 *Ibid.*

sus rasgos aparecen quizá con mayor nitidez. No es un retrato de estudio y, además, puede que a Palma ya no le interesara el disfraz con el que él mismo, y más aún sus contemporáneos, cubrieron su apariencia natural... Está enfermo, postrado. No parece haber pretensión alguna en su rostro... En todo caso los rasgos mestizos de la familia están evidenciados en las nietas, en sus rostros morenos y sus pómulos salientes<sup>20</sup>.

¿Palma negó a su ancestro indígena y afro? ¿Fue un *desarraigado* por haber permitido que el color de su piel, heredado en alguna forma de su madre y menos de su padre, fuese retocado en las fotografías que se tomara y en las que aparece blanqueado? ¿Y qué podría decirse del Palma de la vida cotidiana, del Palma mestizo, en alguna forma moreno-indígena que logra reconocimiento 'nacional' e internacional por sus *Tradiciones* y que no pudo blanquearse? ¿Qué Palma fue este de carne y hueso, que recibió ofensas racistas hasta cuando era ya un anciano y esperaba su muerte? Alguien ha dicho con razón, que el estilo es el hombre que se es. Palma, como han reconocido escritores de su tiempo y del nuestro, fue un escritor como pocos, el escritor de la ironía, del humor socarrón y pendenciero, que en alguna forma con sus *Tradiciones* ha sido la voz de todas las voces<sup>21</sup> del pasado y de su tiempo, voces que

se apoderaban de su pluma para caer en trazos que desmitifican lo divino y lo humano, queriendo probablemente restarles la trascendencia que la filosofía y la teología les habían dado, trazos que insinúan el despertar airoso y trasgresivo de la democracia de los de abajo, casi unos marginales, contra los de arriba de cruz, fortuna, corona y señorío, trazos que hilvanan historietas creíbles en las que acontecen juicios contra dios, y en las que el diablo es fácilmente burlado y debe litigar para reclamar su derecho al alma de un mortal senil, listo y sutil para el engaño; un escritor que, sin la moralina de los siervos del pecado y la confesión, y los prejuicios y apostolado de los prisioneros de la culpa y de la verdad, nos devuelve el imaginario de lo erótico, de lo trasgresivo y de lo insólito de lo humano, nos anima a asaltar la libertad para alejarnos de cualquier servidumbre terrenal o divina; un escritor al que no le preocupan las distinciones humanas por el color de la piel o por la riqueza que se posea, un escritor a contracorriente de su tiempo en una Lima que empieza a cambiar su semblanza y sus añoranzas heredadas de la colonia, una Lima aún aristocrática y señorial, rodeada de indios astutos y pasadistas, de afros levantiscos y de mestizos que fundan la costumbre nacional de la viveza, peruanos del 'bajo pueblo' que invaden sus callejuelas con su dolor, humores y sus historias familiares o personales, una Lima de mulatas y mulatos que hacían perder el seso a blancos y blancas entre los goces que reclama el cuerpo que ansía sin razón el de otro(a) para (per)vertirse y perderse en los laberintos de la

20 Ibid., pp. 87-91.

21 El mismo Holguín citado por Portocarrero, afirma cuidadoso: "Palma debe ser visto como lo que fue, un peruano cabal, no sólo de nacimiento sino de cultura y pensamiento. Ello significa que tanto en su obra como en sus ideas y carácter se pueden descubrir los elementos constitutivos de la peruanidad, ergo los ancestros blancos, indios, negros y mestizos de todo color, y de ningún modo sólo éstos o aquéllos. Sin embargo, si se trata de distinguir ciertos elementos, en este caso los de origen africano y negro, debe advertirse que ello sólo cabe a título de ensayo o de hipótesis, pues no es infrecuente sufrir el enga-

ñoso efecto de las apariencias ni la deformación impuesta por el tiempo transcurrido. Así, asegurar que en el carácter y la personalidad de Palma tal o cual rasgo es negro, blanco, indio o mestizo, entraña no poca dosis de riesgo y aventura, sin olvidar la carga de arquetipos, ideas descaminadas y prejuicios que pueden conducir este examen a un fallo sesgado y tendencioso. Por lo mismo, se impone proceder con extremo cuidado y respeto a la memoria de nuestro ilustre escritor". En *Ricardo Palma y la cultura negra*, en Ob. cit.

sensualidad y del goce que se libra de la mirada de dios y que pareciera querer solo danzar con el diablo; erotismo casi sin razas ni diferencias sociales, y que Palma parece haber disfrutado en cada una de sus *Tradiciones*, como cuando escribe en una de ellas, ... *quien no vio bailar la Conga no ha visto cosa buena y sabrosa. Aquello era la resurrección de la carne*<sup>22</sup>, erotismo del cual podría decirse que era muy democrático, y que se (re)crea en una Lima de amoríos inesperados, de enlaces que trastocan costumbres y morales, una Lima de traiciones y hechizos que tenían como testigo al diablo; una Lima elitista que no dejó de menospreciar a su pasado indígena y de desear el color de la piel de exultantes formas y dones, en una sociedad que se democratizaba de alguna forma con la irrupción de los de abajo, y de la cual se burla recreando a personajes transgresivos en un mundo literario nuevo en el que todo o casi todo estaba justificado, incluso el asesinato<sup>23</sup> para lavar ofensas o exigir los derechos que vienen de los mandatos de los deseos y del amor que no sabe de resquemores moralistas o religiosos, por lo que Palma escribe en una de sus *Tradiciones en salsa verde*, “*La moral reside en la epidermis*”.

Portocarrero no se detiene a pensar cuando dice que para Palma *era irrelevante* hablar del color de su piel, o de la de indios, mestizos y criollos; está más interesado en probar que las fotos de 1864, 1909 y 1918, y que el retrato que en 1910 le hiciera el pintor Teófilo Castillo, muestran a un escritor que prefirió que el rostro del éxito, que buscara sin descanso, pase a la historia no con la piel que heredaría de su madre, una mulata guapa y fachosa, sino que fuese el de un criollo, el rostro de un blanco. Portocarrero comparte la insinuación de Oswaldo Holguín de que esta pretensión le fue inculcada desde niño, y olvida, si de posi-

bilidades se trata, que es posible también que el mestizaje como símbolo del ascenso social y del blanqueamiento en un Perú de indios, cholos y afros venidos a menos, haya pasado por su mente en algún momento de su juventud debido al racismo que seguramente le negaba cualquier posibilidad de éxito como escritor afro-indígena, posibilidad que sin duda pudo significar para Palma la necesidad de su blanqueamiento fotográfico, necesidad-ardid que le facilitó que alcanzara el éxito en una sociedad que lo señalaba para excluirlo por el color de su piel, posibilidad que es más creíble que la que Portocarrero desliza con la pretensión de hacer de Palma un ‘desarraigado’, y que se puede de alguna forma entrever cuando Palma, ya anciano, retirado de la escritura y de la política, queriendo disfrutar de su familia, de sus últimos años, y del éxito y reconocimiento que había logrado, es una vez más atacado por sus detractores, y escribe entonces unas pocas y dolorosas frases en las que parece reconocer que de nada le sirvió el haber admitido su blanqueamiento en las fotografías que simbolizan su éxito y posteridad, pero de ello no habla, no dice por qué aceptó su blanqueamiento fotográfico, probablemente porque no le es fácil, ni para nadie, hablar de lo que le es *indecible*, de su desliz-ardid, habla que de darse lo(nos) acercaría a la nada existencial, por lo que quizás se quedó con su silencio, el que siempre estuvo presente y que finalmente lo llevó, sin poses ya para la posteridad, a desprenderse de esa ‘pequeña’ debilidad humana con la que trastocara su rostro, a despojarse de la ironía de la piel cambiada y retratarse sin poses ni aderezos en la posición que casi no elige, y en la que su mirada cansada y dolida no aspira ya a apropiarse del tiempo, como antes, y muestra sin ningún cuidado a su cuerpo caído y sin espacio propio, que parece replegarse en las huellas que el paso del tiempo le ha dejado, retirarse hacia el fondo de la imagen que se le está tomando, y mostrar solo sus rasgos

22 *La conga*, Tradiciones Peruanas.

23 *Hilachas*, XV, *Un asesinato justificado*.

y los de su familia de rostros afros y mestizos, quizás queriendo así borrar las imágenes falsas que hasta hoy lo perennizan, y devolvernos al Palma que siempre fue. Su rostro ha perdido la soberbia del poder del que disfrutó, y de las ínfulas de la fama que conoció, y parece querer solo despedirse.

¿Fue Palma un desarraigado avergonzado por el color de su piel como cree Portocarrero, desarraigo que aparentemente podría inferirse de las fotos en que aparece ‘blanqueado’? No, si admitimos que lo evidente puede llevarnos a afirmaciones apresuradas, y que no son suficientes las fotos o la conveniencia de la Lima aristocrática de entonces que con resquemores hizo de Palma uno más de ellos. El Palma ya sosegado y alejado de los sinsabores de la vida pública de la república, arrinconado por sus enemigos y detractores, escribiría con pesar por haber creído que la fama le permitiría disfrutar tranquilamente sus últimos años del reconocimiento y respeto logrado sin los ataques de sus enemigos:

“Yo creía haberme conquistado en mi país títulos para el respeto y consideración personal de todos mis compatriotas”<sup>24</sup>.

Entonces, ¿cómo justificar o explicar al Palma que consintió su ‘blanqueamiento’ en las fotos que le fueron tomadas y retocadas, y que no dijera nada de este desliz, hecho, ocurrencia, recurso, evasión? Es bastante probable, como acabo de anotar, que fue un recurso al que recurrió para enfrentar al racismo de su tiempo.

Palma bregó muchos años para lograr el éxito literario que lo encumbró y le permitió el reconocimiento de la aristocracia lime-

ña. Tuvo que soportar durante gran parte de su vida pública al desmedido odio racista de Manuel González Prada, un enemigo de rasgos europeos casi puros<sup>25</sup>. Quizás Palma, ya anciano y con menos cuidado por las formas, al escribir que espera tener el respeto de todos sus compatriotas, pensó que su desliz fotográfico debía ser olvidado, borrado de su memoria; quizá quiso escribir, pero su afilada pluma se detuvo, se silenció, y el escritor de la ironía popular calló, y no pudo escribir la mejor de sus ironías con el mismo como personaje, y decirnos que su ‘blancura fotográfica’ fue una chanza ingeniosa, una picardía, y que no tiene reparos para burlarse y reírse de sí mismo<sup>26</sup>.

25 “Étnicamente, mi padre era casi totalmente español... Siempre me sorprendió a mí, observar los profundos rasgos de irlandés que mostraba su psicología, sin hablar de su aspecto físico como, por ejemplo su notable parecido con Parnell, sin barba, pero con la misma nariz, los mismos ojos, la misma frente luminosa y la misma arrogancia”. Recuerdos de su hijo Alfredo González Prada, citado por Gonzalo Portocarrero, Ob. Cit., p. 132.

26 Roland Forgues, comentando Carta Canta, dice casi lo mismo que Portocarrero respecto al ‘malestar’ de Palma con su color pardo, introduciendo curiosamente la idea de la ‘mujer pecadora’, que sería su madre inconscientemente para Palma: “...Palma no escapa siempre de la visión negativa y tradicional de la mujer pecadora, ni de la celebración de los valores de la sociedad patriarcal occidental. Aquí tenemos la probable explicación del porqué Palma dejó siempre en lo vago sus orígenes pardos que lo diferenciaban étnica pero no culturalmente de lo blanco; y del porqué otorgó tanta importancia a los valores de la cultura europea que fue la suya, empezando por la defensa de la lengua castellana y subsidiariamente la ignorancia de la lengua quechua calificada de ‘dialecto’, como sucede en *Carta canta*, por ejemplo. Una lengua castellana cuya corrección de estilo valoró con admirable *constancia*. Pues para él ‘el espíritu, el alma de los idiomas, está en su sintaxis más que en su vocabulario’. Roland Forgues, *Revisitando a Palma en el siglo XXI: disidencia y utopía*, Aula Palma VI, Instituto Ricardo Palma, Lima 2007, pp. 258-259.

24 Escritas a raíz de los ataques de Manuel González Prada. Citado por Forgues, *Ibid.*

## 6. *Literalidad e interpretación*

Portocarrero también corrige a Palma, pretensión que es inusual y que contraviene las formas de la crítica literaria de las *Tradiciones*. Al comentar la tradición, *La excomunión de los alcaldes de Lima*, y querer ‘probar’ el criollismo de Palma y su desarraigo con su identidad y fenotipo, afirma que el tradicionista no dice nada ‘sobre la situación social de doña O, Jovita y Ballesteros’<sup>27</sup>, lo que no es cierto, y además es equivoco, ya que no se le puede reclamar a la imaginación literaria objetividad o precisión, debido a que la realidad literaria funda su veracidad no en la realidad, sino en una realidad imaginaria, trastocada y subvertida por la ficción y la imaginación, ‘realidad’ que termina siendo en la literatura más real o verdadera que lo real histórico, cotidiano, humano o divino. Respecto al supuesto ‘error’ u omisión, leamos lo que dice de esta *Tradicición*:

Palma nos instala directamente en el conflicto entre doña O y Jovita, entre el matrimonio por interés y el que sigue el impulso del amor. El primero asociado a la vejez, la cucufatería y la utilidad económica. El segundo a la juventud, la belleza y el desprendimiento. En realidad situar este conflicto en 1717 es anacrónico, pues en esa época el matrimonio era convenido por los padres o tutores; la elección personal basada en el

amor surge recién a fines del siglo XVIII, bajo la influencia del romanticismo. En todo caso, lo que plantea Palma es una suerte de melodrama de carácter trágico, pues Esquivel, al ser rechazado por Jovita, decide, en complicidad con la tía, internarla en un convento, y así impedir el matrimonio con Ballesteros. Desesperado Ballesteros asesina a Esquivel, pero es capturado y ajusticiado. Nótese que Palma no remarca las características étnico-raciales de sus personajes. Lo único que sabemos es que Alonso Esquivel ‘blasonaba de nobleza y lucía escudo’, pero nada se nos dice sobre la situación social de doña O, Jovita y Ballesteros<sup>28</sup>.

Portocarrero corrige de esta forma a Palma, arrimando a lo que desde sus recuerdos recrea, el dato objetivo del acontecimiento del ‘amor libre’ moderno que empezara entre fines del siglo XVIII y el inicio del XIX influido por el romanticismo europeo de esos años. Si a la literatura de Palma se le sobrepone la sociología y la historia, Palma en esta *Tradicición* no se habría equivocado una, sino dos veces cuando escribe y dice que ‘por los años de 1717 en la calle del Milagro había...’ El ‘por los años de 1717’, es qué duda cabe, un recurso literario que libra a Palma de lo que Portocarrero presto corrige, olvidando que a la literatura no le interesa mostrar exactitud y objetividad cuándo contextualiza una historia imaginaria o sacada de la realidad; y menos si se advierte que el tradicionista, probablemente queriendo evitar descontextualizar demasiado lo que narra, no dice ‘el año’ al empezar su narración, sino ‘por los años’, tratando de lograr que lo que cuenta sea creíble; por lo que dicho lo dicho, a reglón seguido dice de doña O que era una beata que al andar por la calle se inclinaba con frecuen-

27 Palma empieza la Tradición *La excomunión de los alcaldes*: ‘En la mitad de la calle del Milagro había, por los años de 1717...’ Portocarrero ‘corrige’ a Palma: “En realidad situar este conflicto (en la Tradición, el personaje, Doña O, hace lo que puede para casar a su sobrina, la bella Jovita, con el noble y acaudalado don Alonso Esquivel; pero su esfuerzo es infructuoso, ya que Jovita ama furtivamente a Juan Manuel Ballesteros, sin otra fortuna aparente que su buen parecido; quien, por no poder realizar su amor, casi obligado, asesina al cincuentón Alonso que ‘blasonaba de nobleza y lucía escudo’.

28 Portocarrero, Gonzalo, *Ibíd.*, pp. 95-96.

cia diciendo como ña Catita, ‘...aquí hay una cruz: no la vayan a pisar’. Palma empieza esta Tradición contando:

En la mitad de la calle del Milagro había, por los años de 1917, una casa de humilde apariencia, vecina a la de Pilatos. Ocupaba la casita del Milagro una vieja con más pliegues y arrugas que camisolín de novia, y su sobrina Jovita, la chica más linda para quien amasaban pan los panaderos de esa época. Doña O no admitía en su casa más visita masculina que la de algunos frailes cogotudos y la de don Alonso Esquivel, con quien la vieja andaba en arreglos para casarlo con la sobrina. Pero Jovita se había encaprichado en no querer para marido a hombre que, amén de peinar canas y sufrir de reuma gotoso, exhalaba olor a cera de sacristía... si la niña hacía fieros al cascado galán, era por tener sus dares y tomares con un buen mozo llamado don Juan Manuel Ballesteros, por quien doña O experimentaba más tirria que el diablo por el agua bendita.

Doña O hace lo que puede para casar a su bella sobrina con el acaudalado don Alonso Esquivel, pero sus esfuerzos son vanos porque Jovita ya comprometió sus dones y a escondidas ama a Ballesteros, quien al parecer sin otra fortuna que su buen parecido, al saber que su amada será enclaustrada, asesina al cincuentón pretendiente que ‘blasonaba de nobleza y lucía escudo’. Si bien la Tradición no dice nada de la posición social del mozuelo, cuenta que luego de asesinar a Esquivel se refugia en un convento donde es protegido por los frailes, y que los alcaldes de Lima, amigos del mandado a mejor vida, seguidos de escribanos y alguaciles, ingresan poco después al convento de

los descalzos para apresar y llevar al enamorado y asesino a la cárcel de la Pescadería, en la que muere torturado. Su muerte agudiza la ojeriza, ‘tenían sus quisquilladas’, dice Palma, entre el Cabildo eclesiástico que había reclamado devuelvan a Ballesteros al ‘santo asilo’, y el Cabildo de la ciudad. Si bien el tradicionista dice que la casa del Milagro era de ‘humilde apariencia’, no se puede decir que doña O era una vieja pobretona; la casa era frecuentada por ‘frailes cogotudos’ y por don Alonso Esquivel. Juan Manuel tampoco es un pobretón, su asesinato obliga al mismo rey a enviar una *pax-christi* que priva desde entonces a los alcaldes ejercer cargos de justicia.

Y, qué podría decirse si se le atribuye otros significados a esta Tradición, no ya desde el laberinto de los deseos, el interés y el amor que tiene un desenlace trágico y casi inevitable debido a que la bella Jovita no quiere la fortuna, y menos verse en humores con Esquivel porque está segura de que ‘los viejos son como los cuernos: duros, huecos y retorcidos’; si no desde lo que puede representar su desenlace, con el que Palma parece querer decirnos que solo es posible el ascenso social y que lo nuevo fructifique en estas tierras con el final definitivo de los resabios coloniales en la vida de los peruanos, o lo que es lo mismo, con la extinción de los poderosos y sus cofrades. Pero, ¿Palma quiso una república criolla? ¿Una república sin indios? En la Tradición *Palla-Huarcuna*, empieza contando:

¿Adónde marcha el hijo del Sol con tan numeroso sequito? Túpac-Yupanqui, *el rico en todas las virtudes* (el subrayado es de Palma), como lo llaman los *Haravicus* del Cuzco, va recorriendo en paseo triunfal su vasto imperio, y por donde quiera que pasa se elevan unánimes gritos de bendición. El pueblo aplaude a su soberano, porque él da prospe-

ridad y dicha....Mujer ¡Abandona la *rueca* y conduce de la mano a tus pequeñuelos para que aprendan en los soldados del Inca, a combatir por la patria...¡Oh hija de Mama-Ocillo, trae a tus hijos para que no olviden el arrojo de sus padres, cuando en la vida de la patria suene la hora de la conquista<sup>29</sup>.

No se puede hablar de racismo en las *Tradiciones*. Y, ¿el Palma que despótica odio y suelta veneno contra los indios que dejan las armas y municiones en la batalla de San Juan de Miraflores, qué Palma es? ¿Este Palma convierte por ello a sus *Tradiciones* en un ‘discurso criollo’ que quiere influir en la democratización de la sociedad peruana sin dejar de excluir las ‘pocas’ luces de indios y cholos? Portocarrero, cita la algazara ruidosa de este Palma que después de la derrota escribe:

...la causa principal del gran desastre...está en que la mayoría del Perú la forma una raza abyecta y degradada... El indio no tiene sentimiento de la patria...los antecedentes históricos nos dicen con sobrada elocuencia que es orgánicamente cobarde.... Educar al indio, inspirarle patriotismo, será obra no de las instituciones sino de los tiempos<sup>30</sup>.

Y, afirma:

El mundo criollo imaginado por Palma es pues un mundo de señores cuya identidad se basa no solo en el goce de transgredir la ley, sino también en ser diferentes y superiores al indígena. El mundo indígena está apenas presente en su mundo narrativo....La visión de Palma sobre

el mundo andino es profundamente ambigua. De un lado, está la expectativa de que, gracias a la educación y a los tiempos, el indígena se acriolle, forme parte de la colectividad nacional. No obstante está también presente un radical escepticismo sobre sus capacidades innatas<sup>31</sup>.

Este Palma es el liberal, mestizo criollo y racista como todos los peruanos, racismo que nos brota cuando pretendemos borrar nuestra propias culpas y nos negamos a nosotros negando la posibilidad de afirmar los cambios que sin complejos y escamoteos nos permitan decirnos a nosotros mismos ‘nosotros los peruanos’, por preferir un ‘nosotros’ escindido al parecer por la ‘mano del diablo’, nosotros que se afirma negándose a sí mismo en lo más débil de lo que somos cuando zaherimos y maldecimos a una parte de la peruanidad que también quiere poder decir ‘nosotros los peruanos’ sin afrentas sobre sus rostros y su pasado; un nosotros de la desjuntura de la peruanidad y de lo que somos que nos resta posibilidades para cambiar y ser diferentes, y con el cual nos diferenciamos más de lo que humanamente puede ser consentido cuando cotidianamente *choleamos* a una parte de nosotros, o como dicen los antropólogos, cuando disminuimos socialmente al ‘otro’ en ‘nosotros’ desde lo que Agamben llama la exclusión/inclusiva, que forma a la peruanidad del resentimiento que una parte de los peruanos levantamos contra el ‘blanco’ y que manifestamos en algaradas reivindicativas con las que queremos cambiarlo todo apelando a la violencia y a la soberanía del pueblo cholo, indio, afro, nativo y mestizo.

Portocarrero exagera el criollismo de Palma al decir que *el mundo indígena está apenas presente* en las *Tradiciones*, y que el mundo

29 Tradiciones Peruanas, Tomo 1, pp. 8-9.

30 Carta de Ricardo Palma, a Nicolás de Piérola después del desastre de la guerra el Pacífico.

31 Portocarrero, Gonzalo, Ob. cit., pp. 121-122.

*criollo imaginado por Palma es...un mundo de señores cuya identidad se basa no solo en el goce de trasgredir la ley, sino también en...ser diferentes y superiores al indígena; y al mezclar literatura y política, convierte a las Tradiciones en un discurso ideológico favorable al proyecto de la nación criolla.*

### 7. *Literatura, nación y política*

Las *Tradiciones* de Palma, y lo que hizo o dejó de hacer, sus preferencias políticas y prejuicios, sus opiniones sobre diversos temas, no han dejado de motivar apreciaciones exageradas en quienes quieren encontrar en lo que escribió y dijo al 'ideólogo' del proyecto de la nación criolla, como Portocarrero que nos da una imagen distorsionada y falsa de las *Tradiciones*, muy diferente por ejemplo de la de Julio Ramón Ribeyro, que corrigiendo la opinión equivocada que tuviera del Palma escritor y de sus *Tradiciones*, escribió:

Sin las 'Tradiciones', nos sería difícil, por no decir imposible, imaginar nuestro pasado desde la Conquista hasta la Emancipación [...] las 'Tradiciones' son la única prueba accesible, artística y entretenida que tenemos de ese pasado. Ninguna otra anterior o de su época se le puede comparar (salvo Garcilaso para el Incario y primeros años de la Conquista) [...] Visión que no ha sido reemplazada por otra igualmente vasta, convincente y lograda, capaz de relegar la suya a la galería de las antiguallas<sup>32</sup>.

O, de la de Alfredo Bryce Echenique, que de las *Tradiciones* dijo:

Yo no puedo leer al Palma que escribió ayer sin pensar en el presente angustioso de mi país. La crisis moral que hoy padece ese 'territorio de desconcertadas gentes se incubaba en las limeñísimas páginas de las 'Tradiciones', presagiándonos que pronto, muy pronto, Lima será el Perú, porque ahí, entre carruajes, tapadas, chismes y lances de lujo y frívolo amor, aparecen el negro, el zambo, el mulato, el chino, el cholo, el allegado que jamás llega y el resentido que espera y mira de reojo [...] Hasta la llegada de Ricardo Palma a las letras peruanas, nuestros escritores no parecen tener otra conciencia de lo nacional que lo pintoresco. Para Palma, por el contrario, todo está reflejado en las calles de la ciudad que empieza a gritar su egoísmo nacional, sus terribles prejuicios de clase, su hipocresía y su racismo<sup>33</sup>.

Ribeyro, y Bryce Echenique admiten que sin las *Tradiciones* nos sería casi imposible poder imaginar nuestro pasado, y que 'Lima será el Perú', porque entre los pliegues de lo lujoso y frívolo, 'aparecen el negro, el zambo, el mulato, el chino, el cholo, el allegado...y el resentido que espera y mira de reojo', aparece lo nacional con 'sus terribles prejuicios de clase, su hipocresía y su racismo'.

Y, ¿la nación y la peruanidad? En la tradición *Un negro en el sillón presidencial*, narra la aventura del bandolero León Escobar que ingresa a Lima con una pequeña hueste de negros cimarrones y ladrones, y como si quisiera disfrutar del poder que encuentra suelto y orondo en la Casa de Pizarro, se sienta por un

32 *Palma eterno*, Diario El Comercio, *El Dominical*, Lima, 23 de octubre, 2011.

33 *Ibíd.*

instante en el sillón presidencial<sup>34</sup>, y posiblemente imagina por un instante que al blanco que lo ha perseguido con hierro y fuego, ahora le toca postrarse y rendirle pleitesía a él que por fin es un 'negro poderoso' y temido, pero los blancos no satisfacen sus exigencias y le entregan solo una parte del dinero que les hizo saber que necesita para alimentar a su hueste y familia; y así, Palma le da forma a un hecho insólito e inimaginable para la sociedad de su tiempo, el de un 'negro presidente', con el que Palma quiso quizás dejarnos con humor e ironía la imagen no solo de un negro desfachatado, atrevido y chantajista, sino también la posibilidad de que imaginemos que el 'bajo pueblo' puede hacerse del poder si se atreviera.

En la tradición *El rey del monte*, nos cuenta las peripecias de las cofradías de negros angolas, mozambiques, congos, caravelis, chalas y terranovas, y las bandolerías de un negro hijo de la 'reina de los Terranova'; correrías de negros aventureros y bandoleros de ascendencia marginal y popular que se burlan del poder de los blancos y aristócratas que los excluyen y marginan como si fueran lo peor de la escoria humana; y quizás en la ficción de su realidad tejida con hechos propios de la historia, de alguna forma trasladada hacia el futuro el deseo del escritor por su liberación, la que vendría a ser en alguna forma la propia del racismo que lo molestara hasta cercana su muerte. Este Palma, como se ve, cuenta historias extraordinarias en las que no sale bien librado el 'mundo de señorío y blancura', y crea un mundo narrativo en el

que acontecen personajes que trasgreden todo desde la imaginación de un pícaro tradicionalista para el que la trasgresividad humana parece pervertirse con sus personajes que no tienen reparos para las ventajas que da la viveza criolla, incluso con y contra dios y el diablo juntos, mundo narrativo en el que la sexualidad y sensualidad humana se hacen exultantes entre los pliegues de una sociedad mojigata y conservadora, de *Tapadas*, bandoleros y frailes amantes de los placeres que hermosas mulatas donaban por alguna dádiva o menjunje, una sociedad de virreyes amantes de la buena vida entre sabanas y el despilfarro para satisfacer el menor capricho de una joven hermosa; en una Lima aislada del Perú, en un Perú aristocrático, mestizo y afrancesado; un escritor que mostró, como ninguno antes ni después de él, la naturaleza trasgresiva de las costumbres peruanas, transgresividad sin la letra *n*, como si con esta sustracción al lenguaje, le devolviéramos a lo humano lo que la ley humana y la ley divina le ha arrebatado, algo que sin duda está en las *Tradiciones*, en la trasgresividad que está más allá de la ley y que tiene sentido en la vida que se vive por encima de prejuicios, pesares, tragedias y esperanzas de los peruanos de su tiempo, y como dice Bryce Echenique, en la que aparecen 'el negro, el zambo, el mulato, el chino, el cholo, el allegado que jamás llega y el resentido que espera y mira de reojo', personajes que 'igualados' por Palma, se burlan del poder de la 'cruz y el dinero', de las elites que reducían lo nacional a Lima y a lo pintoresco de su pasado colonial y joven república; elites que desde su hipocresía y racismo hacen muy poco por afirmar a la nación y a una república que necesita existir porque era casi inexistente; un escritor que imagina lo nacional, el Perú, la república desde la tragedia y las esperanzas de diferentes memorias, costumbres y deseos, y en cierta forma desde un 'nosotros los peruanos' que es imaginativo y paradójico desde lo *crio-*

34 Oswaldo Holguín, comentando esta *Tradicción* dice: "En honor a la verdad histórica, precisada por Alberto Tauro, debo decir que los hechos fueron otros: León Escobar no tomó Palacio ni se sentó en el sillón del Presidente de la República, y más bien fue fusilado por orden de un jefe militar en castigo de sus fechorías (Tauro 1987, II: 768). *Ricardo Palma y la cultura negra*, en Carlos Aguirre (Editor), *Lo africano en la cultura criolla*, Fondo Editorial del Congreso de la República, Lima 2000.

llo<sup>35</sup> en el sentido en que Raúl Porras Barrenechea habla de él refiriéndose a las *Tradiciones*, sobre todo de lo criollo creativo en personajes que cuando quieren conseguir los favores del poder, los dones de una bella mujer, la riqueza de otros, o la salvación del alma, trastocan lo real mundano en lo real popular, en la democratización o la igualación de la vida y de la muerte, como notara Bajtín<sup>36</sup>; un *nosotros* que en las *Tradiciones* está más allá de los límites del mundo real de la joven república nacida de la independencia y del colonialismo, del Perú amurallado en la Lima de la que Palma todavía recibió sus humores y ventisca colonial, del Perú de indios, mestizos y afros justicieros que asaltaban al rico para distribuir el botín entre los pobres y menesterosos; *Tradiciones* en las que el amor nunca juega limpio y se sirve de hechizos y brebajes preparados por brujas, de favores del diablo en persona, y de casamenteras que urden uniones de viejos ricos y jóvenes vírgenes; un Perú imaginario solo posible en el mundo ficcional de Palma y sus *Tradiciones*,

35 “La obsesión historicista aleja a Palma — criollo, nato, al que le retozaba la sangre y se le quedó coleando la gana del jaleo y bullanga— de la espontánea desenvoltura de los escritores propiamente satíricos o recreadores del ambiente en la comedia o en la novela. Pero el criollo, ganado por la emoción del pasado y el rancio olor de los manuscritos, se desquita a menudo y en las *Tradiciones* nos da acaso el más vasto panorama y la versión más cabal de lo criollo peruano. Aunque no se pongan de acuerdo los críticos sobre la extensión o el contenido del término criollo, que es al cabo lo nacido y criado en la tierra y calentado por la emoción popular, ya sea ésta costeña o serrana, pero de todos modos expresión de un alma mestiza, de una casta vieja y nueva a la vez, surgida de la fusión de lo propio y de lo importado y por ello alegre y melancólica a un tiempo, o pesar de los distingos especiosos étnicos, sociales o artísticos, en Palma hallamos inconfundiblemente desparramada en sus tradiciones, en el lenguaje y en el ambiente, la sensación del más auténtico criollismo peruano”. Raúl Porras Barrenechea, *Palma y lo criollo*, Idea 6 (24): 7, retr. Lima, abril – junio, 1955. Instituto Raúl Porras Barrenechea.

36 Bajtín, Mijail, *La cultura popular en la edad media y el renacimiento*, Alianza Editorial. Versión digital.

pero, tan cercano, tan íntimo, tan peruano, tan nuestro.

El Palma político no debería quitarle ni agregarle nada al Palma del *nosotros los peruanos* de sus *Tradiciones* ¿Qué nación es la que Ricardo Palma, ‘negro’ trasgresor y amante del amor y sus dones, dones por los que está más que justificado perder la cabeza, la fortuna o la vida, ha insinuado en su obra literaria? Se puede ver mejor en las *Tradiciones* en las que disputas por derechos y por la justicia involucran a sus personajes<sup>37</sup>. Para Palma el derecho y la justicia están por encima del poder que las autoridades detentan y se arrogan por delegación; y advierte que si el poder tiende a imponerse sobre el derecho y lo justo<sup>38</sup>, es porqué el pueblo está demasiado acostumbrado a creer que el poder de los poderosos es impugnable, acostumbrado a que dios esté al final siempre de su lado, y no del de ‘nosotros los peruanos’, Palma diría, ciudadanos. De las *Tradiciones* en las que los temas del derecho y la justicia aparecen con más detalle, la tradición *La segunda Inquisición* parece decirnos que para el tradicionalista la mejor justicia es la que empieza con dos palabras: constitución y libertad<sup>39</sup>.

El Palma político fue liberal y pierolista, apoyó a Balta y fue elegido senador por Loreto. El Palma escritor, el de las *Tradiciones*, que fue Director de la Biblioteca Nacional y la reconstruyó después de la guerra, se puede decir que no es un liberal a la usanza de lo que ha sido hasta ahora nuestro liberalismo desde inicios de la república, que es un disidente como Mario Vargas Llosa ha señalado, que cree en la igualdad, y que nos deja las imágenes de ‘un negro presidente’, y de indios que no deben olvidar ‘su pasado’ para poder combatir por la

37 Mendivil, Alejandra, *Ironía y justicia en las tradiciones de Palma*; Revista IUSINKARRI, N° 1, enero 2012, pp. 351-358.

38 *Ibid.*, p. 351.

39 *Ibid.*, p. 358.

patria 'cuando la hora llegue'; alegorías de lo más popular del 'nosotros los peruanos' que trascienden a la realidad de sus simpatías políticas, a sus críticas al civilismo, a sus frases duras contra los descendientes de Atahualpa después de la Guerra del Pacífico, a su 'blanqueamiento' y a su 'negritud'. Desde este imaginario, el 'nosotros los peruanos' de Palma parece ir en el sentido de una nación que se acepte en sus diferencias y exultantes formas de buscar y disfrutar del amor y la vida, un 'nosotros' que en su simbolismo reivindica lo que le fue más cercano por haberse criado con la familia de su madre, y que hace manifiesto el deseo inconsciente de su liberación en el escritor que no pudo ocultar su 'negritud', que como afirma Holguín, *lo negro, en mayor o menor medida, está en la psicología que sustenta sus expresiones, apegos, intereses y objetivos*, desde lo negro que ante los reiterados agravios racistas que recibía, lo llevó a decir y recordarnos que *el que no tiene de inga tiene de mandinga*, un 'negro' que en sus *Tradiciones* nos da una imagen bullente y erótica del Perú que imaginó desde las miserias y grandezas de sus personajes sacados de la historia y de su imaginación. Las *Tradiciones Peruanas* nos dan una mirada diferente de lo que somos los peruanos, y de lo que en alguna forma no dejamos de ser, peruanos amantes de la buena vida, de la ironía, el amor y la ventaja fácil, peruanos acriollados, peruanos que cultivan la viveza, el ventajismo mal habido como un arte nacional, y que no tienen reparos para 'violar' la ley, para el enriquecimiento fácil, y quizá, por ese apego peruano para la buena vida fácil, y no para el esfuerzo y la riqueza debida, para lo justo y el derecho que contribuya a formar una comunidad nacional, y solo haber logrado un nosotros perdido en la corrupción y el racismo, y no tener un nosotros más íntimo y más cercano, un nosotros que sin dejar de ser tradicionalista sea futurista en algún sentido, un 'nosotros los peruanos' que se pierda me-

nos en el pasado, y que se (*per*)vierta en el presente, un nosotros en el que su pasado colonial y ancestral no sea ya un estigma que debe ser evitado y olvidado, una mancha que deba ser limpiada; y quizás así, si viésemos en la pluma del tradicionalista a un trasgresor de todo orden humano y divino que quiera ponerle límites a la 'buena vida', aprenderíamos que el creador de un estilo literario nuevo, influido por su mestizaje y motivado por el racismo cotidiano que le repetía que era un 'negro' y que su ascendencia era africana, quiso que el color(es) de la peruanidad dejase(n) de separarnos, y que nos demos cuenta que lo mejor que podemos hacer es reírnos del *espejo racista* en el que aún valoramos el(os) color(es) de la piel de nuestro(s) rostro(s); y entonces nos reiríamos, si quisiéramos, como Palma, del color-fotografía de los peruanos blanqueados, nos reiríamos de nuestras diferencias sociales arrancándoles los vicios de su corrupción y racismo.

Las *Tradiciones* son quizá, la mejor aproximación a la comprensión de nuestra particular antropología<sup>40</sup>, a nuestro particular espíritu humano que aparece enmarañado, laberíntico y paradójico en ellas, y hasta aparentemente inútil para lo histórico y la ciencia en ese espíritu del peruano criollo, incluso del indio que se acriolla, en el peruano formado y educado socialmente para la ventaja fácil y la obtención del éxito con el menor esfuerzo; lo que explicaría en alguna medida por qué no somos, como debiéramos, hacedores de nuestra república, de lo nacional y del cambio, y que lo tradicional en su sentido más banal y peyorativo, en la viveza criolla y la corrupción de la cosa pública

40 Lo antropológico en el sentido de la *Antropología estructural* de Levi-Strauss: "Una antropología entendida en el sentido más amplio; es decir, un conocimiento del hombre que asocie diversos métodos y diversas disciplinas, y que nos revele un día los secretos resortes que mueven a este huésped, presente sin haber sido invitado a nuestros debates: el espíritu humano..."

prevalezca. Palma juega con el mito, la leyenda, la anécdota y lo tradicional de lo que vendría a ser el ‘nosotros los peruanos’, como si quisiera evitar que la realidad de la república de errores y desaciertos de nuestro siglo XIX, república inútil para la nación, termine por perdernos en una historia sin memoria<sup>41</sup>, en una historia sin realidad nacional<sup>42</sup>, en una historia sin retorno, sin pasado y sin lo peruano. El mundo imaginario de las *Tradiciones* nos deja posibilidad de imaginar el ‘nosotros los peruanos’ desde lo que Gilbert Durand ha llamado lo imaginario:

El pensamiento occidental, y especialmente la filosofía francesa, tiene por tradición constante devaluar ontológicamente la imagen y psicológicamente la función de imaginación ‘maestra de error y de falsedad’. Con

41 “Las Tradiciones, tan pronto ensalzadas como criticadas. Se ha dicho mucho sobre ellas. Para unos es una obra democrática y para otros reaccionaria. Se le ha calificado también de nacional y de hispanófila, de amena y de aburrida, de retrógrada y de innovadora, de veraz y de falsa. Atizar estos debates tampoco es mi intención. Sólo quiero resaltar su función en tanto que fundadora de una memoria nacional y de una conciencia ancestral común. Sin las Tradiciones nos sería difícil, por no decir imposible, imaginar nuestro pasado desde la Conquista hasta la Emancipación. Estaríamos huérfanos del periodo más próximo y significativo de nuestra historia milenaria. Ese vacío podríamos colmarlo, es cierto, pero cada cual a su manera y a costa de un esfuerzo desalentador, buscando y leyendo cientos de libros y documentos poco accesibles, áridos, mal escritos o idiotas. Ricardo Palma cumplió ese trabajo por nosotros. Durante más de medio siglo el abuelito se sacrificó y extrajo lo que a su juicio era digno de recordarse y transmitirse. Es posible que olvidara muchas cosas, desdeñara otras e inventara una buena parte y que impregnase todo lo que tocó con su espíritu festivo, ligero y socarrón, impermeable a los aspectos más graves y dramáticos de nuestra realidad”. Julio Ramón Ribeyro, *Gracias, viejo socarrón*, Revista, La Gaceta, Fondo de Cultura Económica, número 419, Abril 2012.

42 Stefan Zweig, al retorno al pasado le llamaba resistencia de la realidad. *Viaje al pasado*, Quaderns Crema, S.A.U., Barcelona 2010.

justo motivo se ha señalado que el vasto movimiento de ideas que, desde Sócrates y a través del agustinismo, la escolástica, el cartesianismo y el siglo de las luces, desemboca en la reflexión de Brunschvicg, de Lévy-Bruhl, de Lagneau, de Alain o de Valéry, tiene por consecuencia poner en cuarentena todo lo que considera como vacaciones de la razón. Para Brunschvicg, toda imaginación -¡aunque sea platónica!- es un pecado contra el espíritu. Para Alain, más tolerante, los ‘mitos son ideas en estado naciente’, y lo imaginario es la infancia de la conciencia” (Duran, 1981).

Palma desde la irónico y trasgresivo supo advertir, no voy a decir, la importancia ontológica, pero si la importancia antropológica de la imaginación como ‘maestra’ de lo posiblemente peruano. Duran agrega:

Por eso la tarea del antropólogo -del especialista de la ciencia del hombre- despojado de todos los poderes que se adjudican generosamente las ideologías contemporáneas, es a la vez más modesta y más fundamental que la del príncipe. Incansablemente, contra la oleada de las modas de la ideología y el discurso, contra los imperialismos y los monopolios etnocentristas, debe, como Diógenes, linterna en mano, buscar al hombre verdadero, al Adán eternamente primordial. Y sin desesperar de la eficacia de su ciencia, pues el hombre ya no es «ese desconocido» que era al salir de la sustitución positivista. Está científicamente permitido «preludiar» esa antropología verídica que es el nuevo espíritu antropológico. Esta esperanza de la ciencia del hom-

bre aparece entonces, en una paradoja que no asombrara más que a los sectarios... rezagados del progresismo titánico, a modo de *recurrencia* (la cursiva es mía). Los valores, costumbres, ritos, mitos, las «lecciones» de las leyendas y las historias, etc., en una palabra, toda la tradición resurge en el corazón mismo de la antropología (Durand, 1999).

No voy a insistir en la importancia de la antropología en las *Tradiciones*, manifiesta en su *recurrencia* al pasado, a los mitos y leyendas, anécdotas y costumbres de ‘lo peruano’ entre el siglo XVI y las primeras décadas del siglo XX, imaginación de lo peruano que puede relacionarse con lo que Durand, decepcionado de los resultados en la civilización europea y del refugio soberbio de esta en la razón y el positivismo, llama el ‘espíritu nuevo antropológico’, siguiendo en parte a Edgar Morin. En la tradición *El alcalde de Paucarcolla*, este espíritu es malinterpretado por Portocarrero y también por Forgues, como si se tratara solo de la recurrencia de Palma a la moral<sup>43</sup>, y se pierde así el valor simbólico del diablo como amigo del hombre, que paradójicamente desde el pecado estimula la posibilidad que tenemos de buscar el bien. En esta tradición Palma escribe:

Es preciso convenir en que lo que llaman civilización, luces y progreso del siglo, nos ha hecho un flaco servicio

43 “Como se puede observar, no es tanto la desaparición de la doctrina ni del dogma religioso lo que lamenta Palma, como la ausencia de moral que impera en el nuevo Perú republicano, la distensión de los vínculos familiares y matrimoniales, el libertinaje de las costumbres, la sed de riqueza y de poder, el individualismo y ausencia de solidaridad, la desaparición de lo prohibido y de los tabúes morales, y por lo tanto la negación de la libertad de transgredirlos que caracteriza fundamentalmente al disidente”. Roland Forgues, *Ibid.*, p. 256.

al suprimir al diablo. En los tiempos coloniales en que su merced andaba corriendo cortes, gastando más propopeya que el cardenal camarleno y departiendo familiarmente con la prole del Padre Adán, apenas si se ofrecía cada cincuenta años un caso de suicidio o de amores incestuosos. Por respeto a los tizones y al plomo derretido, los pecadores se miraban y remiraban para cometer crímenes que hogaño son moneda corriente. Hoy el diablo no se mete, para bueno ni para malo, con los míseros mortales; ya el diablo pasó de moda, y ni en el púlpito lo zarandean los frailes; ya el diablo se murió, y lo enterramos. Cuando yo vuelva, que de menos nos hizo Dios, a ser diputado al Congreso, tengo que presentar un proyecto de ley resucitando al diablo y poniéndolo en pleno ejercicio de sus antiguas funciones. Nos hace falta el diablo; que nos lo devuelvan. Cuando vivía el diablo y había infierno, menos vicios y picardías imperaban en mi tierra. Protesto contra la supresión del enemigo malo, en nombre de la historia pirotécnica y de la literatura fosforescente. Eliminar al diablo es matar la tradición<sup>44</sup>.

Admitiendo la función de lo imaginario según Durand, se puede afirmar que la ficción en las *Tradiciones* es un ‘juego’ entre lo trasgresivo de sus personajes y lo tradicional de una sociedad heterogénea y muy desigual que no olvidaba sus preferencias por las distinciones sociales y culturales de su pasado; mientras que *lo imaginario* es tan solo la posibilidad de un nosotros que conserve, cambie y se deshaga de algunas de sus costumbres en alguna forma vetustas o inútiles para la vida social o para

44 Citado por Roland Forgues. *Ibid.*

las querencias personales; es la posibilidad en algún sentido de un nosotros criollo, tradicionalista y trasgresivo en su acriollamiento y en la mezcla de sus sangres, que está más allá del espíritu conservador que quiere mantener la pureza de sangre y los ideales republicanos de nación y patria. La ficción termina en las imágenes de lo que hemos sido, somos y quizás no dejaremos de ser, imágenes que trascienden a lo narrado a pesar del tiempo transcurrido, y que nos dejan los trazos psicológicos y subjetivos de la peruanidad cualquiera sea nuestro ancestro, de lo que somos sin esas ‘verdades’ de unos contra otros que hasta ahora nos separan<sup>45</sup>; lo imaginario es la posibilidad de una peruanidad diferente y creativa. A este Palma, escritor de lo trasgresivo que nos legó la posibilidad de imaginar nuestro pasado incaico y virreinal, a la Lima de poco después de la Inde-

pendencia, con sus callejuelas, boato y curioso gusto por la ‘pureza de sangre’, a una Lima republicana que se perdía en guerras civiles y el despilfarro de la riqueza nacional, una Lima de pocas gentes y que, a pesar de sus diferencias y ojerizas, se ‘mezclaba’ en sus humores para disfrutar del amor, de aventuras y asonadas libertarias, de las peleas de gallos, corridas de toros, de dulces que alegraban el gusto, y del caminar ondulante de guapas mujeres que gustaban jironear y mostrarse; a este Palma que le escribe a Rubén Darío y le dice que solo quiso disfrutar de una ‘palabra de aliento’, y que no le agrada el elogio fácil y la vanidad presuntuosa que trae consigo el éxito (Rodríguez M. A., 2003), le gustaría haber dicho a quienes lleguen a sus *Tradiciones*, si es que no ha sido escrito en alguna parte de ellas o en sus cartas, ‘ni mi halagues ni me quites’.

45 “...han pasado inadvertidamente por alto que el apego a nuestro tradicionalista es un sentimiento substancial a todo limeño, o cuando menos a los que no renegamos de nuestra ciudad, como instiga la demagogia mal llamada progresista según la cual la peruanidad estaría en los valores vernáculos de las provincias antes que en los supuestamente postizos de Lima”. Belevan-Mcbride, Harry, *Primeros apuntes sobre la Lima de Palma en las lecturas de Porras y Salazar Bondy*. Aula Palma XII, Lima 2016. p. 3.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ARENDE, H.  
(1999) *Crisis de la república*. España: Taurus.
- COROMINAS, J.  
(1987) *Breve diccionario etimológico de la lengua castellana*. Madrid: Gredos S.A.
- DURAN, G.  
(1981) *Las estructuras antropológicas de lo imaginario*. Madrid: Taurus Ediciones S.A.
- DURAND, G.  
(1999) *Ciencia del hombre y tradición*. Barcelona: Ediciones Paidós Ibérica, S.A.
- DURAND, G.  
(2000) *Lo imaginario*. Barcelona: Ediciones del Bronce.
- FORGUES, R.  
(2007) Revisitando a Palma en el siglo XXI. Disidencia y utopía. En I. R. Palma, *Aula Palma VI* (págs. 249-268). Lima: HOZLO S.R.L.
- MÓNICA SZURMUK Y ROBERT MCKEE.  
(2001) *Diccionario de estudios culturales latinoamericanos*. Madrid: Siglo XXI Editores S.A.
- PALMA, R.  
(2012) *Tradiciones Peruanas* (Vol. Tomo VI). Lima, Perú: La República.
- PORTOCARRERO, G.  
(2015) *La urgencia por decir 'nosotros': los intelectuales y la idea de nación en el Perú republicano*. Lima: PUCP.
- RODRÍGUEZ, I.  
(2003) La administración de justicia en dos Tradiciones de Palma. En I. R. Palma, *Aula Palma III* (págs. 235-240). Lima: Hozlo S.R.L.
- RODRÍGUEZ, M. A.  
(2003) Ricardo Palma y Darío. En I. R. Palma, *Aula Palma III* (págs. 351-362). Lima: Hozlo S.R.L.